

## PARETTO

Por **Norberto Rodríguez Bustamante**

### I. EL CONCEPTO DE "DEMOCRACIA" Y SUS SUPUESTOS COMO RÉGIMEN POLÍTICO

No sería el caso de formular aquí una sistematización de la teoría de la democracia, si, al menos, de dar una mínima caracterización del concepto que facilite un marco de referencia adecuado al tema que nos ha de ocupar.

Por supuesto, no se ha de intentar una codificación de los casos históricos del pasado y del presente que ilustrarían la existencia de democracias o de regímenes democráticos. En sustitución se habrían de extraer de ellos algunas constantes que los diferencien al confrontar esa doctrina política con otras y con los regímenes que en la práctica le han correspondido.

Empecemos por una definición escueta: democracia es aquella forma de gobierno en la cual, con arreglo a la constitución, la soberanía corresponde a la totalidad de los ciudadanos. Queda sobreentendido que, en los hechos, la categoría de ciudadanos comprende especificaciones varias en cuanto a la edad, sexo, instrucción, etc.

A pesar del alto grado de abstracción de la fórmula adoptada, no cabe duda que sirve con estrictez para diferenciar a la democracia de cualquier otra forma de gobierno en la cual la soberanía, por ejemplo, resida en la persona de un monarca y en la se suponga establezca que la recibe de Dios de acuerdo con los principios de la monarquía absoluta, por derecho divino y sirve, igualmente, para contraponerla a un régimen político que se sustentará en el liderazgo de una persona basado en la excepcionalidad de la misma, tal como lo ilustra cabalmente la enunciación que hiciera Carl Schmidt, destinada a traducir su exponente alemán con Hitler: "Das wille deer Fuhrer recht ist" ("La voluntad del Fuhrer, es derecho").

También cabe aclarar que, refirmando la definición propuesta, un régimen democrático es incompatible con poderes de hecho, y solo se convalida a partir del consenso, por algún procedimiento de consulta electoral a la totalidad de los ciudadanos.

Según se sabe, hay que mencionar a la "voluntad" del pueblo", en cuanto soporte de la justificación de cualquier poder de estilo democrático. Atendiendo a su acepción, "pueblo" es un concepto colectivo, en él se hace deliberada abstracción de las diferencias de clases sociales, a fin de hacer valer, frente a ellas, al conjunto de los ciudadanos. Igualmente, en los países modernos, se subraya la convergencia en una dirección o meta por la aceptación de reglas del juego político o de institucionalización de los conflictos, a pesar de las oposiciones y contrastes, entre las clases y los grupos sociales, no considerándolos obstáculos insalvables cuando se procura obtener acuerdos o establecer transacciones en asuntos cruciales. Esto es a tal punto significativo que, podría decirse, es el fundamento de una democracia pluralista: que a través de órganos adecuados, los ciudadanos obtengan canales de participación en la toma de decisiones en diferentes órdenes de la actividad pública.

El pluralismo democrático se manifiesta en prácticas reguladas por las que, se apela a los ciudadanos, en los casos de elección de representantes, a fin de decidir acerca de los programas de gobierno de un país. En tal sentido, la democracia se identifica con los derechos individuales, el sufragio universal, la existencia de partidos políticos y de movimientos sociales de variadas ideologías, e incluye la renovación de periódica de las autoridades, en la cual, los votos, en la competición por el poder, sustituyen a otros indicadores menos racionales.

Con referencia al supuesto señalado, hay una corriente de imperativos que condiciona el desempeño de los representantes del pueblo, por los controles o supervisión del grado de cumplimiento de los programas votados y de reemplazo de los representantes, de no llenarse ciertos requisitos. Aparte la autonomía de individuos y grupos, la estructura democrática del poder impone la existencia de frenos y contrapesos unida a la división de los modos de ejercerlo, en las líneas de la doctrina clásica de Montesquieu.

En suma: la democracia liberal -que es su encarnación histórica- no elude el conflicto sino que tiende a generar reglas que lo institucionalicen, dentro de un espectro de variadas posiciones, las cuales equivalen a no imponer como insalvable cualquier tensión existente entre las clases o a no dominarlas de modo rígido. Se trata de una sociedad abierta y de organización pluralista, aunque en la práctica cotidiana de los países occidentales, no haya régimen democrático que suprima el hecho de la oposición antagónica entre los propietarios y no propietarios en los medios materiales de producción, no que evite la supremacía de los propietarios privados en la distribución y concentración del poder.

Actualizando el problema, y a modo de síntesis de los elementos ya aportados, Maurice Duverger<sup>1</sup> propone clasificar los regímenes políticos a la manera occidental, en pluralistas (la democracia liberal) y monolíticos (o dictaduras comunistas fascistas), y a la manera de los países socialistas en socialismo (con economías socializadas) y capitalismo (con economía privada). Combinando ambos criterios, obtiene una clasificación en cuatro sectores: 1) Regímenes pluralistas y capitalistas: Estados Unidos, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelandia, Canadá y Japón. 2) Capitalistas Monolíticos o de gobiernos autoritarios fascistas. 3) Socialistas o dictatoriales: Rusia, Democracias Populares, China. 4) Socialistas liberales: este ítem queda vacío de ejemplo, por ahora.

## LOS POSTULADOS POSITIVISTAS Y LA SOCIOLOGÍA DE PARETO

Aristócrata de origen, ingeniero de ferrocarriles, economista matemático y, en su obra de madurez, sociólogo, Vilfredo Pareto se vincula a la denominada corriente del positivismo voluntarista e individualista. Positivista en la medida que adopta por modelo para la sociología el de la ciencia natural, subrayando el carácter objetivo de sus enunciados, la base empírica de sus datos, la búsqueda de uniformidades del comportamiento y de leyes en la interdependencia de factores que constituyen los hechos sociales: doctrinas -muy variables- que adoptan formulaciones mitológicas, religiosas, metafísicas, jurídicas, políticas, económicas; combinatorias de unidades elementales -constantes- que arraigan en el subsuelo de una naturaleza humana hecha de sentimientos, intereses e instintos persistentes que se recubren siempre de enunciados o máximas que los manifiestan y a la vez los ocultan con velos lógicos. En la complejidad de "derivaciones" y "residuos" -que así se denominan tales hechos sociales, en la alternancia de acciones lógico-experimentales -raras y de muy escasa frecuencia en el comportamiento del género humano- y de acciones no lógico-experimentales (todas las demás, por comparación con las primeras); Pareto formula los nexos sistemáticos que componen las sociedades. En estas, derivaciones y residuos, son los aspectos internos, influidos por los aspectos externos, que remiten a las condiciones geográfico-ambientales o ecológicos y a la influencia de otros sistemas sociales que, en el espacio y en el tiempo, generan modificaciones o penetran en un sistema social dado. Con este encuadre Pareto traza los grandes lineamientos de su monumental *Trattato*, haciendo gala de discutible coherencia en los nexos de fundamentación, pero con inigualable penetración y fuerza intelectual en el captar y explicar el comportamiento del hombre en la sociedad.

Sus propósitos asépticos de imparcialidad; sus protestas de interesarse siempre por explicar y no de conmover o de conmoverse con los hechos que considera; no siempre se cumplen. Su insistencia en una concepción pesimista, su realismo y nominalismo de exaltación de las grandes individualidades en los grupos minoritarios, su desconfianza en los movimientos de masas y su seguridad de que las minorías son rectores de la historia, no le impidieron reconocer, sin embargo, la importancia social y política del movimiento obrero en la sociedad de su tiempo, ni proclamar la inevitabilidad de los conflictos entre las clases sociales y entre las minorías. Las minorías si se suceden en el liderazgo a lo largo del desarrollo histórico, también sucumben en él, pues la historia si bien era el sucederse de las aristocracias, resultaba también el cementerio de las mismas, en una cíclica sustitución de los "zorros" por los "leones" y de los "leones" por "zorros", con el sucederse de la astucia y al especulación en transacciones y combinaciones de la imposición de la fuerza en refirmaciones del *status quo* del orden social, con prevailecimiento de la autoridad despiadada, de la disciplina surgida de la obediencia ciega, que elimina todo otro consenso que el resultante de la manipulación de las personas.

Se advierte que, sin necesidad de insistir en más demostraciones, lo anticipado es suficiente para que se incluya a Pareto entre los positivistas, aseveración ineludible si se quiere ubicarlo en la historia de las teorías sociológicas atendiendo a las circunstancias de que sólo en el último medio siglo, el deslinde entre la filosofía y la ciencia, en relación con la sociología, se ha hecho riguroso.

Tampoco ofrece dudas situar a Pareto en ciertas modalidades de la cultura de su tiempo y, asimismo, de su carácter, con elementos componentes difícilmente conciliables; partidario de una economía pura, despojada de toda referencia psicológica o social; fundador de la econometría, junto con Walras, luego, a fin de llenar ese vacío de consideraciones sociales en su teoría económica, redacta un *Manual de Economía Política* (1906) cuyos primeros capítulos se dedican a elaborar una *Introducción a la ciencia social* que permite un tratamiento más realístico de las materias económicas y, finalmente, autor de un *Trattato di Sociologia Generale*, obra monumental, íntegramente dedicada a la teoría sociológica, aparecida en 1916, al que complementan dos libros de ensayos *Fatti e Teorie* (1920) y *Transformazione della democrazia* (1921), en los que la actualidad de sus días -los de la primera guerra mundial y el advenimiento del fascismo en Italia- es tratado con mano maestra para poner al desnudo las lacras, esperanzas y desengaños de tiempos turbulentos, de crisis del capitalismo y de la democracia parlamentaria.

Es principalmente de esos últimos libros que vamos a extraer materiales interpretativos para ocuparnos de los problemas de esa época y desentrañar el alcance que tenía para él, la tan mentada y vapuleada democracia. Dejamos a un lado, por no entrar plenamente en nuestro tema otra obra de Pareto: I sistemi socialisti.

## II. TEORÍAS LÓGICO-EXPERIMENTALES Y TEORÍAS NO LÓGICO-EXPERIMENTALES

La experiencia (incluida en ella la lógica) es, en opinión de Pareto, único juez de las teorías experimentales; el resto no cuenta. Los razonamientos de variadas clases son dentro de su enfoque, otros tantos hechos, por ello conviene, al igual que en el caso de cualquier otra clase de objetos, describirlos y clasificarlos, con miras a estudiarlos, de ahí el distinguo entre razonamiento lógico-experimentales, y los que no lo son, o "derivaciones". Solo los primeros permiten descubrir relaciones entre los hechos. Pareto da por demostrado que es en las ciencias naturales (física, química, biología, etc.) donde más se usan razonamientos en que se mantienen resultados concordantes con los hechos. Mientras la metafísica o la teología pretenden un conocimiento de lo absoluto, la ciencia experimental sólo reconoce lo relativo y lo aproximado en nexos, con fenómenos concretos<sup>2</sup>. De lo que se escapa a la experiencia un científico no razona.

¿Cómo enfoca Pareto el tema de la democracia? La pregunta es pertinente, en primer término, con referencia a su concepción sociológica; sólo después de obtener esa respuesta correspondería entrar a un análisis de carácter interpretativo acerca de cual es la ubicación que se le asigna en el espectro de las posiciones políticas en el mundo contemporáneo y cuál es la perspectiva que adopta a su propósito.

La "democracia", al igual que el "cristianismo", el "humanitarismo", el "bolchevismo", el "nacionalismo", el "feminismo", los "derechos naturales" y enunciados similares, son "derivaciones", esto es, productos de razonamientos no lógicos experimentales, en los que el acuerdo con sentimientos y creencias importan más que el acuerdo con los hechos. Decididamente, no es sino un caso de los enmascaramientos en que incurren los seres humanos, en sus intentos de aparecer lógicos cuando su conducta responde a las acciones no lógicas experimentales, y se contiene en doctrinas que acuerdan realidad a objetos no computables por la observación externa y por la experiencia, manifestación de enunciados que traducen aspiraciones, deseos, ideales, antes que concordancias con lo real dado en la experiencia sensible y cotidiana de los hombres. En las derivaciones, gustos y sentimientos justifican a quienes las propugnan y son hechos sociales que producen alguna utilidad social los que tienen en cuenta para hacer que arraiguen a los individuos. Pero, en todo caso, las derivaciones no ha de confundirse "previsión" con "profecía", ni "principio" o "causa" con "pretexto". Es común que tales doctrinas, en su aspecto práctico sirvan para confirmar sentimientos e intereses ya existentes, antes que para modificarlos<sup>3</sup>. Hasta en libros de Economía Política, los autores no conformes con sus propuestas puramente científicas, intentan hacer entrar fines que escapan a la pura ciencia: el servicio de la humanidad, del Estado, de su país, de las clases pobres, de la justicia, de la moral y hasta del patriotismo<sup>4</sup>.

Examinadas en su estructura discursiva las derivaciones son un producto o teoría (c) que se origina de una parte muy variable (B) (o modo de combinar a sentimientos internos) y una parte constante (A), ésta se relaciona con los intereses y sentimientos humanos objetivados, a los que Pareto designa con el término de "residuos". No se hace excepción con ningún sentimiento, ni creencia, ni interés, tampoco con ninguna religión positiva, ni con metafísicas, teologías o interpretaciones literarias; ni con el materialismo, el ateísmo, el escepticismo, el patriotismo, el amor a los humildes, o de la entera humanidad<sup>5</sup>.

Las derivaciones, en un cierto sentido, "no son hechos, ni relaciones de hechos", ni "uniformidades de comportamiento" que tengan su contrapartida en "verdades experimentales"<sup>6</sup>. Lo enunciado no equivale a sostener que los sentimientos e intereses que se hallan en su base de formulación, sean irreales o carezcan de utilidad social. A modo de ejemplo, Pareto cita la *Divina Comedia* de Dante en donde el viaje del poeta y de muchos de los incluidos en el poema, tanto como sus teorías de alcance poético, tienen una correspondencia con la realidad experimental equivalente a cero<sup>7</sup>. Pero ello no quita que el acuerdo con los sentimientos de los italianos y en máximo grado con sus sentimientos estéticos, sea óptimo; y en cuanto a su utilidad social, es considerable, pues Dante refuerza el sentimiento patriótico de sus connotaciones. A la inversa, una producción intelectual que se corresponda con la realidad experimental, puede estar reñida con los sentimientos de muchas personas, carecer de utilidad social y hasta ser perjudicial al parecer del vulgo o de la opinión pública.

### III. LA DEMOCRACIA EN LA SITUACIÓN EUROPEA E ITALIANA DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Si ahora nos concentramos en el problema semántico, es opinión de Pareto, que el término "democracia", no tiene significado preciso; si lo tuviera, podría afirmarse que el bolchevismo "lleva al extremo la democracia"; pero en la práctica "bolchevistas" y "democráticos", son enemigos acérrimos y sus "derivaciones" de justificación llevan a los últimos a deificar la mayoría, y a los primeros a negarles fe a no reverenciarla<sup>8</sup>. Advertimos en esos enunciados que pueden extraerse algunas conclusiones: 1ª) Pareto, implícitamente, identifica a la democracia con el principio del poder de las mayorías o del gran número. En la medida que el proletariado integra en cualquier país la mayoría de sus habitantes, he ahí la afinidad de los bolchevistas con los demócratas. 2ª) No obstante, aun cuando el bolchevismo anunciara su confianza en que la teoría -como sostenía Marx- se hacía revolucionaria "al penetrar en la cabeza de las masas" (Cfr. *Ideología Alemana*), los autores de la revolución que en Rusia derrocó al zarismo, eran partidarios de la acción revolucionaria a cargo de las vanguardias del proletariado (los ideólogos militantes de su plana mayor de líderes), esto es, una revolución conducida por aquella *élite capacitada y resuelta*, con ánimo de implantar "la dictadura del proletariado" y no a llamar a elecciones generales para que los ciudadanos resolvieran si aceptaban o no el comunismo; algo más parecido, en definitiva a las dictaduras sobre el proletariado, implantada en su nombre.

Ahora bien, las reflexiones de Pareto sobre la democracia no ya en cuanto doctrina en el orden sistemático de su teoría sociológica general, sino en cuanto realidad histórica, las formuló en una serie de artículos escritos entre 1919 y 1920, teniendo en vista la situación de Europa después de la primera guerra mundial y, en particular, los gravísimos problemas de la sociedad italiana, para esas fechas. En Italia el año 1920 fue crítico: el desorden moral y material cundía; las elecciones de noviembre de 1919 fueron una prueba de repudio a las clases dirigentes que habían querido la guerra y trabajado para intervenir en ella, frente al neutralismo de los socialistas y la acción del Partido Popular que derrotó a los partidos intervencionistas. El cansancio de la guerra, las desilusiones de la paz, la crisis económica y financiera, con la creciente miseria de los sectores medios y de los trabajadores generaban, en especial, en las ciudades, agitaciones orientadas a reclamar un mejor nivel de vida para las masas. Fue un año de grandes huelgas, de ocupaciones de fábricas, exponentes de la fuerza de las organizaciones obreras. La revuelta y la protesta alcanzó también a los empleados y asalariados del estado, con los ferroviarios y postales a la cabeza.

Del lado gubernamental -con Nittio Giolotti como líderes políticos- se fusionaban la demagogia y la plutocracia, típicas de una burguesía que perdía capacidad de orientación y de control del proceso italiano, debilitándose, así, en su autoridad<sup>9</sup>.

El fascismo, se hallaba en sus primordios, pero en muchos jóvenes, sobre todo, sus frustraciones y el espectáculo de la vida colectiva, los llevaban a postular la revolución como único medio de trascender ese estado de cosas.

Frente a las autoridades legales -que tenían asignado el poder, pero que, en verdad, iban a la zaga de grupos y clases sociales y no gobernaban- emergían múltiples autoridades de hecho que imprimieron a los acontecimientos su propio sello: en primer

término, los sindicatos. Casi correspondería reconocer que, por igual, los especuladores y los rentistas burgueses, unidos en las consecuencias de sus acciones, a los trabajadores sindicalizados, bregaban por la disolución de las condiciones de la democracia política; claro está que, cada sector, con sus propias metas y motivos.

A modo de hipótesis, si se quisiera recurrir a las teorías de los estados parlamentarios y constitucionales del siglo XIX, con miras a explicar los acontecimientos de los primeros veinte años del siglo XX, Pareto -que cita a Jhon Stuart Mill en *El gobierno representativo* y el *Ensayo sobre la libertad*- los descarta por estar "fuera de la realidad". Ni equilibrio de poderes, ni justo equilibrio entre los derechos del Estado y los del individuo, y mucho menos le parece viable el Estado hegeliano, solo aceptado "para uso de la sociología poética o metafísica"<sup>10</sup>.

Su preferencia es por el análisis de los hechos en series históricas de "brevísimos, breves, largos, larguísimo" tiempo; por el estudio de los hechos que muestran "oscilaciones de las varias partes del fenómeno social en relación de interdependencia, tanto como las partes mismas, y son simplemente sus manifestaciones"<sup>11</sup>, con períodos que "revelan un único estado de las cosas en el que las observaciones nos lo muestran sucediéndose unos a otros". Atender, por tanto, a esas sucesiones, en una uniformidad experimental<sup>12</sup>.

Así, pues, observando la transformación que acontece en el momento en que se sitúa (año 1920), se trata de averiguar si es una de aquellas breves, accidentales o bien si se acerca a una de mediana o larga duración<sup>13</sup>.

En las naciones de Europa, después de 1918, subraya Pareto que los empresarios tendían a no chocar con los sentimientos democráticos (o mayoritarios) y, además, que se apoyaban en ellos para obtener sus beneficios y no se detenían en nada que les obstaculizara esa meta, por lo cual, procuraban hacer disminuir y hasta destruir "ciertos residuos de relaciones colectivas en las clases sociales altas"<sup>14</sup> que hubieran consolidado sus posiciones.

Sin duda, el argumento fundante de ese modo de actuar no tenía que ver con sentimientos de solidaridad humana sino, más bien, con la necesidad de mantener algún grado de consenso sin el cual el modo de cooperación en el proceso productivo exigido por el capitalismo, no se realizaría<sup>15</sup>.

Cuando, afirma, asimismo, que las clases dominantes, al incurrir en complacencias humanitarias, preparan su propia liquidación, tiene en vista que el movimiento hacia esa meta fue acelerado por los cuatro años de la guerra; los humanitarios, tolstoianos y liberales, prepararon el camino a los Kerenski y éste a Lenin; sugiere Pareto. El razonamiento es histórico y, por lo tanto, empíricamente válido; lo que no es seguro es si se producirán iguales consecuencias toda vez que las burguesías dominantes se apoyaran en transacciones pacíficas con las clases populares dominadas. El contexto es el que decide acerca del sentido de los acontecimientos en esa sucesión y por tanto, tal criterio no es enteramente valedero: no todo advenimiento o transacción o armonización entre las clases sociales termina en la derrota de una clase dominante, antes bien, lo contrario es valedero, es posible lograr acuerdos momentáneos, que permitan seguir adelante sin afectar el poder establecido o a sus titulares.

Por su parte, a las postulaciones de "gobiernos óptimos", los trabajadores prefieren "las realidades tangibles de los altos salarios, de los impuestos progresivos y del mayor ocio"<sup>16</sup>. Ello no equivale a sostener que desdeñan sus propios mitos: "el del santo proletariado", "el del espíritu del mal manifestado en el ordenamiento capitalista", "el de un gobierno ideal de consejos de obreros y soldados"<sup>17</sup>.

Señalemos, a modo de comentario, que en la Rusia de los días de la Revolución, tales consejos fueron realidades emergentes y no mitos ni idealizaciones de ninguna especie. Sin embargo, puede asentirse a la prevención atinada de que razonar "acerca de los fines ideales", no es lo mismo que aplicarse "al movimiento real"; "el derecho divino de los reyes" y de los emperadores, el sacrosanto poder de la mayoría y el del divino proletariado, no eximen, llegado el caso, de evaluar "las consecuencias económicas, políticas y sociales", en que las realidades englobadas u ocultas por esos principios intervienen<sup>18</sup>.

Las instituciones sociales y los hechos sociales observados en un tiempo dado "no son, necesariamente, transformaciones directas de otras instituciones, de otros hechos"<sup>19</sup>; su evolución no se hace en línea recta. Que algunos elementos sean comunes no nos autoriza a hablar de descendencia, v. gr. las guildas medievales y los sindicatos modernos.

Los rasgos más salientes de la actualidad en que Pareto vivía adquieren para él estas modalidades: "1º) Debilitamiento de la soberanía central y fortalecimiento de los factores anárquicos; 2º) Progresión veloz en el ciclo de la plutocracia demagógica; 3º) Transformación de los sentimientos de la burguesía y de la clase que aún gobierna"<sup>20</sup>. Se sobreentiende que sus observaciones se correspondían con el régimen democrático parlamentario que existía, por entonces, en Italia. A ese respecto, lo que vayamos acotando será una ampliación de su respuesta a la pregunta por el régimen democrático.

Al igual que en la feudalidad europea, donde los señores locales -los barones en su jurisdicción- plantean en el curso histórico numerosos episodios de tensión y discrepancia con el poder central de los reyes o emperadores, los sindicatos contemporáneos, a partir de condiciones sociales y principalmente económicas favorables, se afianzan y crecen en fuerza en el impulso a una búsqueda de protección a sus intereses y derechos. Esto multiplica sus rivalidades mutuas, y sus demandas al poder central.

Con apoyo en episodios y anécdotas extraídas de las noticias de los diarios, Pareto destaca que en Inglaterra los sindicatos están desplazando al Parlamento por su trato de igual a igual con el gobierno. En cuanto a Italia, cita las ocupaciones de fábricas, las huelgas, la acción violenta contra la policía, el cuestionamiento del poder judicial y las dudas de si corresponde someterse a él por parte de los sindicatos, a lo que se agregan los avances sindicales sobre el poder empresario, los privilegios adquiridos por las élites sindicales, las restricciones impuestas en las naves mercantes y en los ferrocarriles, según sus necesidades tácticas; etc. en Francia, tanto como la facilidad con que, por la mera suspensión de un empleado ferroviario, por

dos días, según atribuciones reglamentarias, se dio pretexto, en febrero de 1920, a que se declarara una huelga general de ferrocarriles, se advierte cautela o complicidad de las autoridades que no se hallan dispuestas a impedir la injerencia de los sindicatos en conflictos que exceden los intereses profesionales, manteniendo de tal suerte, sus privilegios. Por si todo ello fuera poco para producirle escándalo, Pareto denuncia que la O.I.T. se considera a sí misma un Parlamento económico superior cuyas decisiones debían ratificarse por los Estados.

Pero el verdadero factor desencadenante del debilitamiento de los poderes centrales reside en los conflictos internacionales: las derrotas en esos conflictos, es la puesta a prueba de las élites dirigentes, aunque las victorias pueden favorecerlas, salvo que -como fue el caso en la de 1914-18- se logra la victoria con mucha ayuda externa y graves sacrificios de los súbditos, en un tiempo relativamente largo para las expectativas de guerra corta que se incluían en las previsiones de los Estados Mayores. En otros tiempos, de ejércitos restringidos -y en muchos casos mercenarios- las guerras podían prolongarse sin mayores consecuencias para los miembros de la clase gobernante, aún cuando se desangraran sus pueblos. Ahora, la interdependencia social creciente genera situaciones de conflicto fácilmente generalizables y a las que las élites dirigentes se ven conminadas a darles solución en aras de su propia supervivencia.

Con la primera guerra mundial, entraron en batalla poblaciones enteras y ello "sacudió fuertemente el poder central, tanto en los países vencidos, como en los vencedores"<sup>21</sup>. La burguesía recogió los frutos "de una política loca y suicida", mantenida durante cinco años de guerra y utilizando mentiras canonizadas en homenaje a la resistencia nacional.

En un artículo de un periódico de la época *Il Resto del Carlino*, del 7 de marzo de 1920, citado por Pareto se afirma: "La burguesía se ilusionó de obtener la resistencia de las clases populares y del ejército, desparramando toda clase de mentiras quiméricas y sobreentendiendo que las mantendría. Al presente está presa por el cuello de sus mismo lazos"<sup>22</sup>.

Los imperios que no supieron ponerse de acuerdo fueron derrotados por los gobiernos así denominados "democráticos". Pero las "excesivas ambiciones" y la larga guerra -su consecuencia- conducida dentro del contexto de dominación de la plutocracia demagógica, conmovieron el entero ordenamiento de la burguesía europea, después de usar y abusar de "la religión imperialista"<sup>23</sup>.

Al parecer, considerando los hechos que se acaban de enumerar en esos años, al poder de los sindicatos -y muy en particular en Italia- no era el factor de menor peso en la balanza de lo que acontecía. Más aún, Pareto se alarma y, a la vez, frente a los signos de decadencia de la burguesía plutocrático-demagógica, elogia la mayor cohesión social que ponen en evidencia los trabajadores y la constancia de su política generalizada, para el logro de la jornada de ocho horas, augurando un nuevo período en la historia de los sindicatos, aquel de su completa victoria...

No obstante, los hechos no confirmaron esos vaticinios de 1920 y el desenlace final fue otro: el triunfo del fascismo y del nacional socialismo, sea en Italia, sea en Alemania, nos muestra que el poder de los sindicatos se asemejó mucho a "la tragedia del movimiento obrero" que estudiara Sturmtal, sobrepasado en todas partes por el peso de las tradiciones locales y de los sentimientos nacionales. Aquí, el realismo y el empirismo de Pareto, le jugaron una mala pasada.

Los hechos del movimiento obrero combatiente del año 1920 y hasta 1922 pudieron confirmarlo, tal vez, en un destaque sindical frente al poder del estado, en el no cumplimiento de preceptos legales en sus reclamaciones y acciones, en el uso del derecho de huelga, en las ocupaciones de fábricas, en hechos de violencia contra bienes y personas. Aun así, a poco que el proceso de desvinciamiento de los países continuara y que los grupos paramilitares fueran armados y dejados en libertad de acción por el gobierno, con el recrudecimiento de los movimientos de carácter nacionalista, las cosas cambiaron. A las victorias socialistas y comunistas, siguieron las de los nacionalistas que, prestamente, fueron convirtiéndose en fascistas y nazis, y produjeron los hechos de terror abundantísimos y muy conocidos<sup>24</sup>.

En ese clima ¿qué alcance tenía el Parlamento? Dejaba hacer, no llegaba a infundir eficacia a sus procedimientos. Es una "ficción" afirma Pareto, que el Parlamento equivalga a la "representación del complejo de la Nación". O bien representa a una parte que se sobrepone a otra -con malas artes- cuando se trata de la "plutocracia demagógica", o con el número, cuando la demagogia cunde. A modo de salida llena de humor vitriólico, sostiene que mientras en otros tiempo la máxima de la justificación del Parlamento se enunciaba: "los que deben pagar los tributos han de aprobarlos", los nuevos tiempos (que eran los suyos), la han sustituido por otra: "los que no pagan tributos, deben aprobarlos e imponerlos a los otros"<sup>25</sup>.

Reparando en el desarrollo económico y social de la sociedad de su tiempo en Italia, Pareto advierte: "1) Un aumento muy grande de la riqueza, del ahorro, de "capital" volcado a la producción, 2) Una tal distribución de la riqueza que deja subsistir la desigualdad. Que ha crecido o disminuido según algunos, mientras que, probablemente, la norma de distribución ha permanecido casi la misma, 3) La importancia siempre creciente de dos clases sociales, esto es la de los ricos especuladores y la de los obreros o, si se quiere, de los trabajadores. Se ve crecer y prosperar la "plutocracia", si se tiene "in mente" al primero de estos dos fenómenos; la democracia, si se repara en el segundo, entendidos los términos de "plutocracia" y "democracia" en el sentido algo indeterminado del lenguaje vulgar, 4) Una alianza parcial entre estos dos elementos, advertida de modo especialmente notable desde fines del siglo XIX hasta ese momento en que escribe"<sup>26</sup>.

Pareto no llega a sostener que los especuladores y los trabajadores tengan por completo intereses comunes, aunque sí subraya el hecho de que, partes de los componentes de una y otra categoría social, se benefician obrando en el mismo sentido, con el propósito de imponerse al Estado y de aprovecharse de las otras clases sociales. En la unión ocasional, los plutócratas obran con astucia, "valiéndose de los sentimientos (residuos) que existen en la plebe y engañándoles", haciendo surgir lo que él denomina el fenómeno de la plutocracia demagógica<sup>27</sup>.



Creciendo el poder conjunto de esas clases -los plutócratas demagógicos y los obreros- se debilita el de otras: los propietarios ricos o acomodados que no son especuladores, la de los militares; y el poder de éstos se reduce a muy poco. Hace la excepción con Alemania en el período anterior a la guerra, donde "ese poco era mucho", situación que ya no se registraba<sup>28</sup>.

A título de ilustración del proceso cita "la extensión creciente del sufragio electoral de los propietarios a los no propietarios"<sup>29</sup>. Entre los propietarios se cuentan muchos que no especulan y entre los no propietarios muchos que tienen intereses comunes con los especuladores y otros que tienen sentimientos (residuos) de los cuáles estos se pueden valer, de donde pudieron apoyarse en ellos y lo hicieron efectivamente, para disminuir el poder de los primeros y acrecentar el de los segundos. Apelar a la fuerza es un recurso que, a la primera de cambio, pasa de "las clases superiores a las inferiores", un factor más resquebrajamiento del poder central<sup>30</sup>.

En relación con esa plutocracia demagógica, los parlamentos modernos son un medio eficaz pues favorecen, en su ámbito, a la acción de aquellos hombres que han agudizado lo que Pareto denomina "instinto de las combinaciones", por lo que hay que entender una capacidad de argucia y de innovación, en el supuesto de las transacciones y negociaciones, que ellos favorecen. La democracia y la plutocracia actúan de consumo en el régimen parlamentario y siguen su misma suerte en el auge y en la decadencia; las transformaciones de una, acompañan a la otra.

Refiriéndose a la primera guerra mundial Pareto, por debajo de las "declamaciones patriotas, éticas, de la defensa del "derecho y de la justicia" sobre la "barbarie" enemiga"<sup>31</sup> y haciéndose cargo de la observación de los socialistas que la definen como "guerra burguesa" establece que fue un conflicto entre la "plutocracia militar y la plutocracia demagógica" (democratizante) "en el que intervino la burocracia rusa"<sup>32</sup>.

Las élites dirigentes pensaron que la guerra sería corta y poco costosa -y así lo hicieron creer-; no obstante, si bien aprovecharon los sentimientos patrióticos de las masas, no supieron detenerse a tiempo: ni siquiera hicieron la paz en 1917, en que todavía tenían probabilidades de extraer utilidad del cese de las hostilidades. Al alargar el advenimiento de la paz olvidaron, sean los plutócratas, cuanto los conservadores de las naciones vencedoras, hasta qué punto el militarismo alemán y el ruso podían servir a sus designios, al no preservarlos, cuando todavía era tiempo y mucho menos pudieron prevenirse del avance del bolchevismo que, en sus propias naciones, contaba con aliados "fuertes y peligrosos", si se atendía al resquebrajamiento del poder central a pesar de hallarse todavía confiado a la plutocracia, la cual argumentaba con astucia para "mantener a las multitudes en las trincheras, agregando inmoderadas promesas, que sabía con certeza que no podía cumplir"<sup>33</sup>.

En la lucha de las élites, la plutocracia demagógica vence a la plutocracia militar alemana y se extiende a Alemania al par que triunfa en las naciones de la Entente, haciendo pagar los gastos del conflicto "a los ahorristas y a los rentistas, que son todos buenas ovejas aprovechables para ser trasquiladas"<sup>34</sup>; acumulando enormes deudas públicas (que sabe no poder pagar a la postre), estableciendo exacciones sobre el capital, llevando los impuestos a límites extremos, agotando los ingresos de quienes no especulaban imponiendo varias leyes suntuarias y múltiples otros expedientes cuyo objetivo principal era el de retener en el engaño a las multitudes. Asimismo, la guerra tuvo por consecuencia la reducción de la producción, en tanto que los ricos y los pobres querían consumir más; objetivos contradictorios en su mera enunciación.

En medio de síntomas multiplicados de una etapa de transición Pareto se detiene a observar "la extensión y la fuerza de los sentimientos", tanto como "la energía y la constancia" con que trabajadores y asalariados supieron imponer la jornada de ocho horas, porque "se fijaron objetivos alcanzables y sin ceder nunca, unidos y fieles, en todos los países, lo consiguieron", imponiendo "el aumento de las pagas y de los salarios"<sup>35</sup>. A la abundancia de las promesas de las élites dirigentes que hablaron de "otorgar tierras a los campesinos y fábricas a los soldados", se suscitó, en las clases a que esas promesas se orientaban, el fenómeno de considerarlas "como la conquista de un derecho"<sup>36</sup>.

La posguerra de la primera guerra mundial en Italia -y también en Alemania- aunque no para todas las clases, sino para las dominantes, fue un período de relajamiento, de desenfreno, de "prosperidad ficticia", de aventuras, de hedonismo que contrastaba con la presencia multitudinaria de los que habían participado en la guerra y soportado sus peores consecuencias con muerte de sus familiares, miseria, estrecheces, desocupación.

La circunstancia posbélica era, para estos últimos -los grandes sectores de las clases populares y de las clases medias- un permanente motivo de desconcierto, insatisfacción, desesperación al sentirse marginados de sus respectivas sociedades en defraudación de sus expectativas de vida: ni ahorros, ni jubilaciones, ni pensiones pudieron serle asegurados; de ahí un clima general en ambos países, de crítica y decepción profunda por los resultados de la democracia liberal capitalista; clima que los incitó a que canalizaran sus reivindicaciones, protestas y actos de violencia en la línea de la exaltación de los valores de nacionalidad y patriotismo, con un fuerte componente tradicionalista y autoritario y con formas de manifestarse de nítido corte militarista.

Sin embargo, las previsiones de Pareto acerca del sentido que iban adoptando los acontecimientos no fueron acertados. En efecto, daba por descontado un ascenso del movimiento obrero, equivalente al advenimiento del cuarto estado, ya advertido desde fines del siglo XIX; un movimiento irresistible que puede "levemente modificarse, difícilmente impedírsele", pues, para ello habría que cambiar directamente los sentimientos e intereses de los más o imponer, con el uso de la fuerza un nuevo ordenamiento "que operara sobre los intereses y los sentimientos", hipótesis ésta última que le parecía difícil o improbable. Los salarios altos en general y hasta altísimos en casos particulares, no eran obstáculo para la consolidación de esos movimientos de solidaridad entre los obreros. En los últimos años anteriores a la guerra los trabajadores tuvieron condiciones salariales sometidas a un rápido progreso; años de prosperidad de la plutocracia demagógica que revelaban el período ascendente de la crisis, al que le habría de seguir unos descendente. Al ocurrir la guerra, ésta dio impulso al movimiento social. La trincheras: "fue un campo de ideas subversivas las más eficaces" dicho con palabra de Giolitti en un discurso ante el

Parlamento del 26 de noviembre de 1920. Prolongar la guerra más allá de 1917, fue un error de la plutocracia demagógica, pues la paz establecida en ese momento le hubiera reportado ventajas, cortando en parte, al menos, los daños que los sentimientos e intereses de las grandes mayoría sufrieron. Las promesas, por lo común absurdas, que se formularon durante la guerra, continuaron siendo formuladas después, con el agravante de suscitar criterios relativos al consumir más y trabajar menos, intentando acrecer la producción “con innumerables impuestos fiscales o simplemente caprichosos, aplicado a todo el orden económico, persiguiendo, disminuyendo, destruyendo el capital privado, sin siquiera proveer a constituir el capital socialista, que debía sustituirlo, apelando a las comisiones internas, el control, las huelgas continuas, el desgano en el trabajo, las ocupaciones de fábricas, tierras, casa, naves, con la carencia en aumento de la seguridad de bienes y personas”<sup>37</sup>.

En esa atmósfera de expedientes para salir del paso en que incurren los gobiernos y en la irresponsabilidad de la sociedad europea con “derivaciones” de justificación basadas “en los sagrados destinos de la Patria, o de la Santa Democracia o del Santísimo Progreso, o del Divino Proletariado”<sup>38</sup>, las promesas de bienes futuros, las alabanzas a los adversarios, y el proveer con cortedad, se constituyeron en un “poderoso arte de gobierno”<sup>39</sup>. Que en algún momento hay que poner límites y que “temprano o tarde” solo la fuerza decidirá quien debe matar y quien obedecer, es comprensible, aunque la duda reside en si la usarán los que quieren mantener ciertas uniformidades de la conducta colectiva o bien quienes quieren transgredirlas, y, en tal hipótesis, la violencia de unos se opone a la de otros. Si los primeros, los gobernantes, se hallan inhibidos de usar la fuerza, los segundos sabrán como hacerlo. En el medio de esos poderes que contienden se hallan los nacionalistas, a los que Pareto no les augura éxito “son pocos y no tienen seguidores”<sup>40</sup>, aunque su programa equivale a una solución económica y política válida dentro de los supuestos del capitalismo: suprimir la demagogia (el halago de las mayorías); imponer el horario de diez horas de trabajo; eliminar el desorden interno (esto es, digamos, que los trenes lleguen a horario); combatir el ocio; suprimir huelgas y retardos en el trabajo; eliminar la democracia parlamentaria y liberal, que detectaba el poder político.

Aunque su criterio “lógico-experimental” y procapitalista lo llevaba a sostener que la superación de las dificultades de Italia se hallarían en la vía eficientista del rendimiento productivo y del Estado absoluto que suprimiera toda disensión e impidiera la formación abierta de consenso alguno que entrara en contradicción con el programa de los que intentaran salvar al capitalismo por la vía autoritaria, Pareto dudó del triunfo de tales ideas-fuerzas en el corto plazo.

En efecto: acumuló pruebas y más pruebas de los excesos del movimiento obrero y de las ideologías de apoyo al mismo, abrigó serios temores en el éxito final del esquema capitalista, preocupado por las debilidades de una clase de burgueses especuladores, de astutos negociadores, que no se empeñaban en defender al Estado, ni de apuntalar el orden establecido. No obstante, aquí también falló su interpretación. Los componentes de la burocracia estatal y las figuras más salientes de la burguesía de Italia –y también de Alemania- si en lo visible y aparente jugaban a la legitimidad y al pacifismo, en lo oculto y con maniobras sigilosas hicieron la vista complaciente ante las réplicas violentas de los grupos nacionalistas que preanunciaban el fascismo y nacionalsocialismo, haciendo caso omiso de los procedimientos de control policial y judicial de sus desmanes, y bajo cuerda, armando a bandas parapoliciales y paramilitares entrenadas por ex oficiales y sub oficiales de ambos grupos del orden, pagando, incluso, sueldos del Estado a quienes se incorporaban a esos grupos en carácter de líderes<sup>41</sup>. Y a fines de 1922, los “fascidi combatimento” desplegaban por toda Italia sus excursiones de revancha contra la acción de los socialistas y comunistas en municipios, en las fábricas y en las calles...

Autoritario por su acentuada propensión a justificar el uso de la fuerza en el control social; liberal e individualista económico, por su adhesión al cuerpo de teoría de la economía política clásica, con reelaboraciones posteriores, de las que él mismo fue protagonista, anticipó una forma de liberalismo en economía y autoritarismo social y político, que en nuestros días ha hecho fortuna. Sin embargo, evitó las concomitancias tradicionales de origen confesional, por sus orientaciones de filósofo escéptico y volteriano, en línea de proximidad con el pensamiento maquiavelista, rasgos estos que exhiben la complejidad de su carácter.

Podría hacerse una evaluación de sus predicciones teóricas acerca del curso de los acontecimientos en los días que le tocó vivir y pronunciarse sobre el fracaso de las mismas. Al parecer, no supo captar lo que se producía ante sus ojos augurando, por contraste con el estilo político contemporizador de la burguesía italiana, el triunfo pleno del sindicalismo, capaz de generar medidas de fuerza, que irían minando la consistencia del régimen capitalista. Aún así correspondería, a lo sumo, acusarlo de haber pasado por alto el tránsito de una élite dirigente, con fuerte presencia del “instinto de las combinaciones”, a una élite dirigente –¿o tal vez la misma?- dispuesta a proveer los medios de defender a toda costa la supremacía del sistema económico capitalista, utilizando para ello todos los medios que vulneran las reglas del juego institucionalizadas en la democracia parlamentaria o de partidos. Esto es, una élite fuertemente dispuesta a usar la fuerza o el poder legal, pero que no tiene escrúpulos en apelar a la violencia (o al poder desnudo) en aras de conservar sus privilegios.

Tal transición acelerada del “estado de derecho” a un peculiar estado de hecho, basado en la coerción sistemática para todos los miembros de una sociedad, aplicada con procedimientos de excepción, revelaría una nueva élite de poder, que sucede a otra. La circulación de las élites, no promovida a través de la aplicación de formulas consensuales, con desplazamientos basados en la violencia, estaría reafirmado, más allá de errores circunstanciales, una fórmula vieja como el mundo, consagrada como principio explicativo para el mediano y largo plazo, por el propio Pareto, que quedaría así reivindicado, hasta nuevo aviso.

- 
- <sup>1</sup> Biblioteca Salvat de Grandes Temas, Los Regímenes Políticos, Barcelona, Salvat Edit., 1973, págs. 9 y 10.
- <sup>2</sup> Pareto, V., *Fatti e Teorie*, Firenze, Vallecchi Editore, 1920, p. 319.
- <sup>3</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 65.
- <sup>4</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 107.
- <sup>5</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 315.
- <sup>6</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 29.
- <sup>7</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 30.
- <sup>8</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 258.
- <sup>9</sup> Pareto, V., *Transformaciones della Democracia*, Rocca San Casciano, Capelli Editore, 1964, p. 18.
- <sup>10</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 43-44.
- <sup>11</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 42.
- <sup>12</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 42.
- <sup>13</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 43.
- <sup>14</sup> Pareto, V., *Fatti e Teorie*, Ob. Cit., p. 262.
- <sup>15</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 263.
- <sup>16</sup> Pareto, V., *Trasformazione della Democracia*, Ob. Cit., p. 44.
- <sup>17</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 44.
- <sup>18</sup> Pareto, V., Ob. Cit., pp. 46-47.
- <sup>19</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 49.
- <sup>20</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 52.
- <sup>21</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 64.
- <sup>22</sup> Pareto, V., Ob. Cit. Nota (1), pp. 64/65.
- <sup>23</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 65.
- <sup>24</sup> Carsten, F.L. *La asención del fascismo*, Barcelona, Seix Barra, 1971, Cfr. Cap II.
- <sup>25</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 80.
- <sup>26</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 92.
- <sup>27</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 92.
- <sup>28</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 92.
- <sup>29</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 92.
- <sup>30</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 93.
- <sup>31</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 98.
- <sup>32</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 98.
- <sup>33</sup> Pareto, V., Ob. Cit., p. 100.
- <sup>34</sup> Pareto V., Ob cit., p. 102.
- <sup>35</sup> Pareto V., Ob cit., p. 122.
- <sup>36</sup> Pareto V., Ob cit., p. 123.
- <sup>37</sup> Pareto V., Ob cit., p. 134.
- <sup>38</sup> Pareto V., Ob cit., p. 134.
- <sup>39</sup> Pareto V., Ob cit., p. 135.
- <sup>40</sup> Pareto V., Ob cit., p. 138.
- <sup>41</sup> Carsten, F. L., Ob. Cit., Cfr. Cap. II